



## CAPITULO V

Que trata de lo que hizo con su virtud una señora invitada al baile de Saldaña

**A**CABABA de cambiar de casa por aquellos días una familia, que según todas las apariencias había sufrido un descalabro en su fortuna.

Era una señora bajita de cuerpo, oscurita de color, de manos largas y huesosas y de maneras poco refinadas; una señorita muy elegante y un niño como de doce años. Nadie hubiera podido creer que la señora aquella era la madre de la señorita elegante, porque

había tan sustanciales diferencia entre una y otra, que parecía imposible la transformación de una hija procedente de madre de tan baja estirpe. En efecto, la mamá era ordinaria y la niña pulcra; la madre desaseada y vulgar, y la niña elegante y bien educada; y si hubiésemos de penetrar en los resultados morales de estas divergencias, encontraríamos que la madre y la hija no se profesaban cariño.

Entre las graciosas ingenuidades de aquella señorita espiritual, solían aplaudirle sus amigos frases como esta:

— ¡No hay cosa peor en el mundo que las madres!

Siempre estaban en pugna; siempre se le oía decir á la hija: *¡ah, qué mamá!* con un acento que variaba en su diapason, desde las notas del desprecio hasta las de la ira, y era que todo, figura, carácter y educación, eran disímbolos entre madre é hija.

La señora, que tuvo en sus tiempos

muy buenos ojos y cierto *chisgo* nacional, un tanto provocativo, tropezó el día menos pensado con uno de esos Tenorios despreocupados, para quienes cada etapa de su vida está marcada con una aventura amorosa. Una corta residencia en Orizaba, una tamalada y un aguacero trajeron al mundo á Enriqueta, á la hija de aquella señora, para quien su propia desgracia se había convertido desde entonces en su *modus vivendi*.

En efecto, desde que tuvo á Enriqueta la señora aquella, no tuvo por qué apurarse, porque el papá de la niña la quiso mucho desde que nació, y además era un señor acomodado y que tenía necesidad de cubrir las apariencias y evitar escándalos.

Hé aquí por qué medio podría explicarse el curioso lector la diferencia sustancial del color de la tez de la señora, de Enriqueta y del niño de doce años, que también era subido de tueste como su mamá.

Estas niñas que tienen papás ricos y mamás pobres, que salen de la peor ralea por el lado materno, y entran al mundo por la brecha de una calaverada de rico, suelen flotar entre dos aguas hasta que se ahogan en el fango.

El diablo del lujo es por lo general quien se encarga de la zambullida desastrosa.

Ya Enriqueta tenía diez y nueve años, había estado en buenos colegios, y tenía amiguitas aristócratas. Es cierto que en los colegios, por buenos que habían sido, no había aprendido gran cosa, pero en cambio, Enriqueta se sabía vestir y nada la contrariaba tanto como no estrenar un vestido ó no calzarse las botas más caras de la tienda. La mamá la acompañaba á todas partes y caminaba casi detrás de ella. Enriqueta era delgadita, enhiesta y garbosa, y llevaba siempre los sombreros más raros que encontraba en las tiendas de modas; la mamá usaba un velito negro un *tapalito* negro, ó un

abrigo de merino con escasos abalorios para los días grandes.

El papá de Enriqueta había subvenido á las necesidades de aquel jirón de su familia, mientras se lo habían permitido las circunstancias; pero las cosas empezaron á ponerse malas el día menos pensado, y la mamá comenzó á pasar con Enriqueta la pena negra; tanto más, cuanto que á la niña no le había faltado nunca nada.

Afortunadamente, según decía la mamá, el equipaje de Enriqueta estaba bien provisto y podía resistir por algún tiempo á la de malas.

Así sucedió, en efecto. No se habían pasado muchas semanas, cuando Enriqueta, después de una larga conversación con su mamá, sobre el partido que debían tomar, se asomó á la ventana. Enriqueta estaba triste, y se le echaba de ver. ¡Cómo no! si sus botitas estaban raídas, y su mamá no le había podido dar para otras. Por otra parte,

de la conversación había resultado esto: que Enriqueta no sabía hacer nada, y además no había nacido para trabajar, y que la mamá, aunque cosía, que era lo único que sabía hacer, el producto de la costura no alcanzaría ni para comer. Todas estas eran verdades terribles que se presentaban en toda su deforme desnudez.

La mamá comprendió que su hija haría todo menos trabajar para mantenerse, y de todas estas reflexiones no se consolaba Enriqueta con otra cosa que con asomarse á la ventana.

Esta ventana, única de una vivienda baja, era la de una casa pequeña, pero con vista á la Avenida Juárez, tan concurrida, especialmente por las tardes.

A los pocos días de asomarse Enriqueta á su ventana, en busca de... aire, puesto que el aire es tan necesario para vivir, ya tenía cuatro osos; la elección era difícil, especialmente cuando el

novio que Enriqueta había de elegir debía reunir muchas condiciones.

Una tarde, antes de que Enriqueta acabara de vestirse para salir á la ventana, tocaron la puerta.

Era una señora grande, vestida de negro, y con la cabeza cubierta con un tápalo.

Abrió la mamá de Enriqueta.

—Muy buenas tardes, ¿cómo está usted, señora? ¿cómo va de?...

—Pase usted, dijo la mamá para no ser menos atenta.

—Muchas gracias, muchas gracias, dijo entrando la recién venida. ¡Qué dice usted, qué calor, mialma! yo vengo sofocándome. ¡Como vengo desde tan lejos! ¿Usted fuma? Fume usted de éstos, son de los Aztecas, de papel de hoja de maíz para señora, que son los mejores, sobre todo, para el pecho, porque con esta tos que padezco... ¡qué quiere usted! las viejas ya no servimos para nada.

Entretanto la mamá había tomado y destorcido uno de los Aztecas. La recién venida sacó cerillos y ofreció la lumbre á la mamá.

—Encienda usted, mialma, encienda usted. Las dos podemos...

—Gracias.

—No hay por qué darlas. ¿No es verdad que son muy suaves estos cigarros? ¿Usted de cuáles fuma?

—Suelo fumar de éstos; pero ahora...

—Tome usted esa cajetilla. Yo traigo dos, y sobre todo, yo que voy á la calle, compro por ahí... tome usted la cajetilla.

—Pero...

—El obsequio es bien pobre, bien lo conozco, pero hágame usted la gracia de tomarla.

—Pues muchas gracias.

—Conque se trata... dijo la vieja... porque ha de estar usted en que esta vivienda no debía haberse alquilado; quiere decir, usted no tiene la culpa, no, mialma, y Dios me libre de... Pero

la vivienda estaba pagada por seis meses más, figúrese usted.

—¡Cómo! ¿esta vivienda?...

—Sí, la misma.

—Yo acabo de pagar la renta adelantada.

—En eso está la picardía. Si estos caseros son unos caribes, y por sacar dinero son capaces... pero no, mialma, que no la hagan á usted *guaje*, y si usted se impone de lo que pasa... Porque por supuesto usted conoce á la persona que paga esta vivienda.

—No, yo no...

—¡Cómo! ¿no conoce usted á Manuelito?

—Manuelito...

—Sí, Manuelito, así le digo yo. Figúrese usted, después de tantos años que lo trato. No le pintaba el bozo cuando... Pues sí, Manuelito, don Manuel que le dicen, que ha sido muy buen mozo, y oiga usted, mialma, franco... como no he visto otro. Eso sí, se puede

tener tratos con él... todo un caballero... y oiga usted, podrido en pesos, porque eso sí, lujo el de Manuelito, y de pies á cabeza, no lujo de ese que se ve nada más... ¡y qué mesa!... con decirle á usted que se trata como un príncipe.

—¡Ah, sí! dijo la mamá. Ya sé poco más ó menos de quién se trata. Sí, ¿cómo no he de conocer á don Manuel?

—¿Verdad, mialma? ¡Pues si ya decía yo! Sería imposible que no conociera usted á Manuelito.

—Pero es el que...

—El que tiene pagada esta vivienda por seis meses, porque ha de estar usted, mialma, en que... Ya sabe usted las cosas de Manuelito. Aquí vivía una familia... pues, no precisamente familia, porque haga usted de cuenta que no eran más que María, la hermanita, una tía y la criada. Pero para que vea usted lo que son las malas cabezas. Va usted á creer que esta muchacha María, que estaba tan bien puesta y que... porque

no le faltaba nada, y ¡qué vestidos, y qué todo lo de aquella muchacha! en fin, como cosa de Manuelito, ya se deja entender que... pues bien, estaba hecha una reina, y vea usted, Manuelito no venía sino dos veces á la semana. ¡Qué más quería la muy tonta! ¡Pero nada! de que á las mujeres se les mete el diablo... Esta María, tan bonita y todo, de la noche á la mañana se fué... ¿con quién piensa usted?... con un tenientito, con un muchacho que no vale nada, y ahí tiene usted á la pobre tía que ha tenido que irse á Puebla, y todo por esa mala cabeza de María; pero ¡qué quiere usted, mialma! las mujeres somos llevadas por mal. Yo, ¡cuándo! Una vez dueña de los favores de Manuelito, no lo soltaba en todos los días de mi vida.

No había podido tomar aliento ni la mamá contestar un monosílabo, cuando la vieja continuó:

—Nada, mialma, pues yo dije: voy

á ver cómo está lo de la vivienda, que algún partido se podrá sacar, y es una cosa que clama al cielo que la vivienda esté pagada por seis meses y tal vez alguna persona pobre esté haciendo sacrificios por la renta. Conque ya ve usted, mialma, que la cosa vale la pena, porque en estos tiempos... y luego que no tiene uno el dinero de sobra, con que si á usted le conviniera...

—¿Pero cómo sería bueno hacer?

—Pues eso usted dirá, mialma. Lo que es yo, cumplo con avisar, que al fin y al cabo siempre puede resultar beneficiada alguna persona, y eso yo estoy por el refrán «haz bien y no mires á quién.» Con esto la emprendí desde mi casa, Estanco de Hombres, de modo que sólo en los trenes porque á pie es imposible.

—A mí no me ocurre... dijo la mamá. Yo, aunque conozco de vista á don Manuel, pero...

—Lo comprendo, mialma, lo com-

prendo; y tiene usted mucha razón. Sobre todo, cuando se hace un favor se hace por completo. ¿No le parece á usted? y yo... sí; ¿para qué lo he de negar? yo consigo lo que quiero de Manuelito. Figúrese usted, que no le pintaba el bozo cuando... y desde entonces me considera y me... ¡cómo que si no fuera por él!... ¡alma mía del niño! ¡cuántas hambres hubiera habido en mi familia! Figúrese usted; viuda y sin hombre, y cargada de muchachos; pero eso sí, se come, se come gracias á Dios, y á Manuelito, eso sí, á Manuelito, porque ¿para qué ha de ser una ingrata? De mis niños tengo colocados dos: á los mayorcitos, y al otro, le paga el colegio Manuelito como si fuera su padre. Conque... no hay más que animarse, y si usted quiere...

—Pero no sé cómo.

—Es muy sencillo, mialma, es muy sencillo; con sólo que yo le diga á Manuelito lo de la renta, y le informe

de que usted... en fin, yo no sé si usted será una persona rica... pero aún así, lo que abunda no daña.

—No; ¡qué rica voy á ser, señora!

—Jesusita, María de Jesús me llamo. Todos me dicen Chucha; ¿conque decía usted... mialma? Yo tampoco sé su gracia de usted.

—Dolores.

—Pues bien, Lolita, decía usted que...

—Que no soy rica, y que efectivamente, me vendrá muy bien aprovechar esos seis meses de renta, sobre todo, por esa niña de mis pecados.

—¡Cómo! ¿tiene usted una niña?

—Sí, señora; Jesusita ó Chucha, como usted quiera; tengo una niña.

—¡Oiga! dijo la vieja fingiendo ignorarlo; ¿y qué edad tiene? irá al colegio...

—No; ¡qué colegio, si es tamaña mujer!

—¡Ah!... pues no sabía...

—¡Enriqueta! gritó la mamá. Ha de

estar en la ventana; es su única diversión.

—¡Pobrecita! déjela usted, no es justo...

—¡Enriqueta! gritó más fuerte la mamá.

A poco, se presentó Enriqueta.

Chucha se puso de pie, exclamando:

—¡Válgame la Virgen! ¡qué cosa tan linda de criatura! ¡Conque su hija de usted!... ¡ah!... Lolita, tiene usted una hija... ¡vamos, es un primor!

—¿Me llamó usted, mamá?

—Te llamé para que te conociera...

La mamá no se atrevió á decir Chucha ó Jesusita, porque con esa penetración peculiar de las mujeres, había comprendido poco más ó menos con quién tenía que habérselas. Más todavía, estaba segura de que el negocio de la renta, no era más que un pretexto, y como para ahogar en su cuna un remordimiento, evocó en su auxilio la imagen de su propia pobreza, y las profundas

meditaciones de los días anteriores en busca de una salida á la situación crítica en que se encontraba.

Enriqueta, después de saludar con frialdad á aquella desconocida, volvió á su ventana.

—Pues nada, Lolita; la cosa es muy sencilla: conque yo le diga á Manuelito que se venga á ver con usted, todo está arreglado. Es un hombre tan franco, que... ¡figúrese usted si va á permitir que el casero mame á dos carrillos!... No sólo como Manuelito no tiene en este asunto que hacer desembolso, pero aun cuando se tratara de miles de pesos... toda ponderación es corta, Lolita de mi alma, para decirle á usted lo que es Manuelito. Conque ya me voy, porque tengo que coger el tren hasta dar con el Circuito Central, y que ver á mis muchachos, ¡qué quiere usted! Cuando una es sola... Conque mucho gusto, Lolita, de haber conocido á tan buena persona: María de Jesús Pinillos, una

criada y servidora de usted aunque inútil, calle del Estanco de Hombres, número... vivienda de la izquierda. ¡Conque adiós, mialma! nada de cumplimientos, no le vaya á dar á usted un aire, porque están dando unos constipados que parecen fiebres; adiós, adiós...

Y la vieja desapareció sin tomar aliento, dejando extática á doña Lolita.

Eran como las seis de la tarde.

El cielo comenzaba á tomar esa coloración rojiza y como siniestra, que tanto da en qué pensar á los sabios. El polvo cósmico, que dicen, le robaba á la zona crepuscular un lampo que se encubría más allá de la atmósfera, envolviendo el hemisferio occidental en una bóveda rojiza, como la de un horno cuando apenas lo ilumina la agonizante flama del último leño.

Enriqueta recibía de frente en su ventana aquella coloración que daba á su vestido de tinte de lila la apariencia de una amatista, y á su semblante

los arreboles del rubor, y á sus ojos un brillo peculiar, cuando Enriqueta los levantaba como atraída por la creciente y enrojecida zona luminosa.

La Avenida Juárez se había hundido ya en la sombra, y pavimento y edificios presentaban una gran masa negra, de donde se destacaban en hileras luces amarillas, como las lentejuelas de oro en un manto de terciopelo negro. Eran los faroles del gas que iban á perderse entre los árboles de la calzada de la Reforma; y hormigueando como las partículas luminosas que corren en la ceniza de un papel quemado, pero corriendo de dos en dos, unas lucecitas rojizas que se movían hermanadas, en una procesión interminable. Eran las linternas de los carruajes que volvían del paseo; lucecitas movedizas é inquietas, apareadas y como temblorosas, que hubieran podido tomarse como los ojos de fuego de una manada de lobos monstruosos, que corrían en busca de las sombras.

Enriqueta permanecía muda; pero enhiesta, con su flor roja en el pecho, y su vestido lila, que la coloración celeste seguía destacando en el cuadro negro de la ventana.

El ruido pesado y monótono del rodar de los carruajes en el empedrado desigual de la avenida, tomaba á veces los tonos de la tempestad de granizo, y á veces el rumor de las cataratas que acrece y se apaga á merced de las ráfagas del viento.

Enriqueta no sólo sentía la repercusión de aquel rumor en el yunque y el martillito de sus oídos, sino que á largos intervalos sentía en la suela de sus botitas el hormigueo de la trepidación. Estas sensaciones se parecían al chirrido de la electricidad de un aparato electro-magnético, y hasta ejercían en Enriqueta cierta influencia voluptuosa.

Enriqueta estaba allí como asomada al mundo, estacionada, como se estacionan

esas pordioseras en el quicio de una puerta pidiendo una limosna. Pero la limosna que pedía Enriqueta, no era el pobre mendrugo cotidiano. Enriqueta pedía una limosna de lujo á la sociedad opulenta. Los ojos de Enriqueta se fijaban en la hilera de trenes de los ricos, y sus pupilas estaban agitadas por movimientos rapidísimos y pequeños, porque con cada mirada recorría el interior, el pescante y los frisones de un *landó*, ó las siluetas de cuatro jóvenes en un *faetón*; caballos negros, colorados, retintos, con brillantes guarniciones; lacayos con librea, coches de familia, *buggys*, victorias y *cupés*; líneas de caballo, y líneas de auriga; escorzos de mujer y dorsos de gentlemen, portezuelas abiertas, fondos de carruaje acoginado, plumas de sombrero, beldades perdidas en la sombra, manos enguantadas, todo en movimiento, todo en perfiles fugaces, en líneas que apenas dejaban la impresión en la retina, eran